

LA
DIOSA
DE LA
ILUSIÓN

LAS ISLAS VERRAN

LIBRO I

MADELINE TAYLOR

Traducido del inglés por María del Puerto Barrueta Peña Diez

FAERIS

Título original: *Heir of Illusion. Verran Isles #1*

Primera edición: marzo de 2026

Mapa de Skay_Artys

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

HEIR OF ILLUSION, © 2025 by Madeline Taylor
© de la traducción: María del Puerto Barruetaña Diez, 2026
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-93-5
Depósito legal: M. 430-2026
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



ADVERTENCIAS SOBRE EL CONTENIDO

VIOLENCIA

PALABRAS MALSONANTES

CONTENIDO SEXUAL

TEPT

MENCIONES DE AUTOLESIONES

MENCIONES DE *GROOMING* Y ABUSO INFANTIL

PENSAMIENTOS SUICIDAS

ASFIXIA

AHOGAMIENTO

MALTRATO FÍSICO Y EMOCIONAL

ASESINATO

INTENTO DE AGRESIÓN SEXUAL

TOCAMIENTOS NO DESEADOS

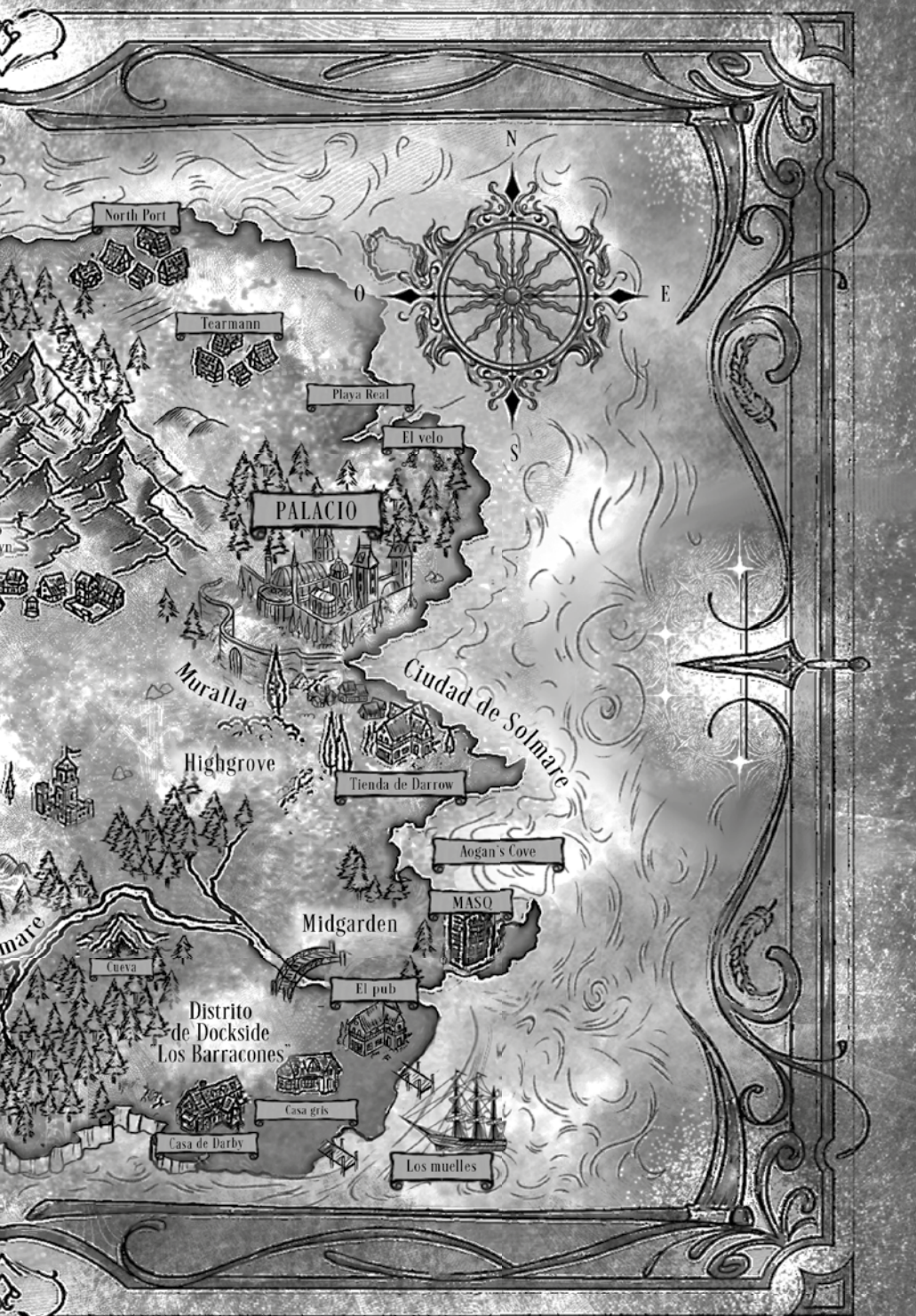
ABUSO DE PODER

MANIFESTACIONES DE DUELO

*Para Carolyn:
Creo que te habría encantado esta historia.*

Isla de la Ilusión





North Port

Tearmann

Playa Real

El velo

PALACIO

Muralla

Ciudad de Solmare

Highgrove

Tienda de Darrow

Aogan's Cove

MASO

Midgarden

Cueva

El pub

Distrito de Dockside Los Barracones

Casa gris

Casa de Darby

Los muelles

N

E

S

O

mare

CAPÍTULO UNO

Sostengo la cabeza de mi amante entre las manos, deseando hacerla añicos contra el suelo de madera.

Recorro con los dedos las protuberancias del pulido busto de mármol, que me resulta frío e implacable. Acercó esa cara a la mía y examino los ojos vacíos en busca de algún tipo de explicación o disculpa. Pero el único mensaje que transmite es una inscripción que hay en la base:

«LARGA VIDA AL REY».

Vuelvo a colocar el busto en la peana, sonriendo al ver la marca rojo oscuro que le he dejado en la mejilla. La sangre que tengo en mis manos esta noche es culpa de Baylor, así que lo justo es que él también acabe con alguna mancha.

Miro a mi alrededor, a la tienda de Darrow, y me da la sensación de que no ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. Ha reemplazado la lámpara de araña por una monstruosidad de obsidiana. La luz de la luna se refleja en todas las superficies de sus fragmentos. Hay unos cuantos espejos nuevos en las paredes, hasta alcanzar la notable cantidad de doce, y veo una amplia colección de esos cristales que él dice que son «curativos» y que le ofrece a su clientela.

En medio de este mar de baratijas brillantes, es difícil saber dónde mirar.

Pero ahí radica la genialidad de Darrow.

Engaña a sus compradores, distrayéndolos con exceso y vanidad. Así no ven lo afilados que son sus dientes ni la astucia de su mirada, hasta que ya es demasiado tarde.

El techo cruje y oigo sus pasos inquietos en el piso de arriba. A pesar de ser el dueño de una bonita mansión en el campo, Darrow duerme aquí la mayoría de las noches. Supongo que tiene algo que ver con que, a diferencia del caso de sus vecinos rurales, Darrow compró su mansión, no la heredó, y su dinero se lo ha ganado, no se lo han legado.

Aunque también podría ser que lo que lo mantiene en Solmare sea la proximidad de los burdeles de la ciudad. Dicen que es cliente habitual.

Me debato entre tocar el timbre para avisarlo de mi presencia o simplemente tirar al suelo su carísimo busto del rey. Ver la cabeza de Baylor hacerse pedazos contra el suelo seguro que me mejora el humor.

Consigo controlar mis instintos más destructivos y opto por llamar al timbre. La mayor parte de la gente no se toma bien una visita mía a altas horas de la noche, porque estas suelen acabar en un baño de sangre. Como la que he hecho antes de esta. Pero si Della supiera que estoy aquí, querría que al menos intentara ser civilizada, algo nada fácil para alguien que se dedica a lo que yo.

En cuanto el timbre resuena en la habitación a oscuras, el ruido de los incesantes paseos de Darrow en el piso de arriba cesa. Pasan varios segundos hasta que se oyen de nuevo unos pasos tenues que se dirigen a la escalera. Seguramente pensará que no está haciendo mucho ruido, pero mi oído es mucho más fino que el suyo.

Baja la escalera con una sonrisa despreocupada en la cara. A pesar de la hora tardía, todavía lleva puesto un elegante traje de terciopelo, con una filigrana bordada en oro. Ni uno solo de sus rizos de color miel está fuera de su sitio; todos caen sobre sus hombros de una forma perfecta que enmarca la fuerte estructura ósea de su cara.

No puedo evitar admirar la perfección de su fachada.

Me echo a reír al ver la daga con la empuñadura enjorada que lleva en la cintura de los pantalones. Esa arma no supone para mí más que un leve inconveniente. Él entorna los ojos para buscar el origen de esa risa; aunque sus ojos marrones examinan el lugar en el que estoy esperándolo, no me ve.

Como soy una espectro, puedo desaparecer siempre que quiero.

Es un tipo de ilusión mágica extremadamente raro que me convierte en un ejemplar muy valioso. O en una enemiga temible. Incluso antes de la guerra que colocó a Baylor en el trono, antes de que la diosa de la ilusión desapareciera, mi variedad de magia no era común.

—Aparece —exige Darrow. Solo se cuela un poco de miedo en su tono firme.

Pongo los ojos en blanco y abandono la ilusión. Si le sorprende mi presencia en su tienda, lo oculta enseguida tras una sonrisa encantadora. Finjo que no me doy cuenta de que ha desenvainado su ridícula arma.

—Lady Iverson —saluda con voz dulce mientras baja el último escalón—. ¿A qué debo la inesperada visita de mi mascota favorita?

«Mascota», el apodo cariñoso que utiliza el rey Baylor conmigo. Cuando vine a vivir al palacio, el rey empezó a llamarme así. Entonces me parecía tierno, pero eso fue antes de que me diera cuenta de que ese apodo hacía referencia al hecho de que me había puesto un collar y me había adiestrado.

Casualmente, yo fui la última en enterarse de que de ahí venía ese apelativo.

Con la cara impasible, le sostengo la mirada a Darrow; no tengo intención de reaccionar como él espera. A espaldas del rey, sus súbditos suelen utilizar esa palabra con desprecio para referirse a mí. Igual que el hechicero, me la dicen con crueldad, como un insulto.

—¿Será porque necesitas mi ayuda con algún asunto delicado? —pregunta con una sonrisa seductora en los labios gruesos—. Milady, si quieres ponerte en mis manos, te aseguro que son extremadamente capaces.

Le respondo con la sonrisa más dulce que soy capaz de esbozar, una que normalmente reservo para mi dueño, pero justo después muevo el brazo y tiro el busto del rey al suelo. Oír cómo se hace pedazos me resulta tan satisfactorio como esperaba.

—Huy. —Me encojo de hombros y mi sonrisa se vuelve malévola—. Perdón, Darrow.

Él suspira, mirando con poco interés los trozos de mármol desperdigados por el suelo de madera.

—Es una pena. Creía que el rey ya te tendría bien adiestrada.

Menos de un segundo después de decir eso, se encuentra con uno de mis puñales en la garganta. Levanta instintivamente la mano, que sigue sujetando la daga, pero yo se la agarro y lo obligo a clavarla en el mostrador que tenemos al lado. Aunque su cuerpo está tenso, su expresión es de aburrimiento, como si su situación actual no le preocupara demasiado.

Yo chasqueo la lengua y sacudo la cabeza con cara de fingida decepción.

—¿Pero qué forma es esa de hablarle a la espectro de su majestad?

La gente me llama «mascota» tan a menudo que se olvidan de para qué me ha entrenado mi dueño.

Él mantiene la expresión tranquila, pero su cara palidece un poco al fijarse en mi apariencia. Cuando estoy en la corte, voy vestida para seducir, con atuendos hechos de sedas y satenes que enseñan bastante carne. Pero esta noche, los pantalones y la camisa de manga larga que llevo son de cuero fuerte y tengo el pelo pelirrojo y largo recogido en una trenza sencilla que me cae por la espalda. Bajo la capa oscura, se ve perfectamente el brillo de las armas que tengo sujetas al vientre y a los muslos. Y la sangre que tengo bajo las uñas completa el efecto.

Él traga saliva con dificultad, baja la mirada y se fija en el collar de rubíes que tengo en el cuello.

—¿Te ha enviado él a por mí? —pregunta en voz baja.

La pregunta tiene sentido. El rey muchas veces me ordena acabar con sus enemigos. Es lo que he hecho antes de venir aquí, en realidad. Sacudo la cabeza para apartar el eco de las súplicas desesperadas del hombre que he asesinado esta noche. Bloqueo mis emociones y me obligo a centrarme en el presente.

—¿Debería? No estarás haciendo nada ilegal aquí, ¿verdad, Darrow?

—Vamos, lady Iverson. —Su sonrisa seductora ha vuelto a aparecer, pero ahora resulta un poco menos convincente—. Yo nunca le faltaría al respeto a su majestad de esa forma.

Enarco ambas cejas.

—¿En serio? Pero no has tenido problema en faltarme al respeto a mí. ¿Es que se te ha olvidado que yo represento al mismísimo rey?

Él suelta el aire entre los dientes con un siseo cuando le hago una pequeña herida en la garganta con la punta del puñal. Se forma una gota de sangre, que baja despacio por su cuello. Un leve olor metálico invade el aire y me tienta a hacer ese corte más profundo, llenar la tienda con su sangre y enviar su alma al otro lado del velo de la muerte.

Como solo es semifae, Darrow tiene una resistencia mayor que un mortal, pero es poco probable que pueda sobrevivir a un corte profundo en la arteria carótida. Veo que van apareciendo grietas en su fachada de serenidad mientras mira la daga, que sigue teniendo agarrada con fuerza en la mano que no le he soltado. Pongo los ojos en blanco por la irritación, le suelto la muñeca y bajo el puñal.

—Vamos, Darrow. ¿De verdad crees que te voy a matar? —digo, riendo, y me alejo un poco. Pero los dos sabemos que, si el rey me lo ordenara, yo no tendría elección.

Él se aparta del mostrador con vitrina y se frota el cuello con la mano libre, embadurnándose la piel con la sangre de la herida.

—Claro que no. —Sus labios vuelven a formar algo parecido a una sonrisa y se aparta un rizo suelto para colocárselo detrás del hombro—. Soy demasiado guapo para acabar asesinado.

Señalo con un gesto de la cabeza la daga con la empuñadura enjorada.

—¿Cómo se te ocurre que podrías detenerme con eso?

—Sería suficiente para conseguirlo con la mayoría —afirma, riendo entre dientes, pero su respuesta suena forzada.

A Darrow siempre le han intrigado mucho los rumores sobre mí. De vez en cuando deja caer comentarios con doble intención, con la esperanza de convencerme o engañarme para que le confíe información que muy pocos conocen. Hay rumores, claro, detalles que se cuentan en susurros y que se tachan de conspiraciones. Pero los hombres como Darrow se dedican a comerciar con secretos y siempre están alerta para enterarse de cualquier cosa que se diga.

Estoy segura de que mi historia le interesa más de lo que le gustaría.

Me obligo a relajarme, guardo el puñal y paso al otro lado de la vitrina para darle a Darrow un poco de espacio. Piso algo duro y, al mirar al suelo, me encuentro uno de los trozos diseminados del busto del rey. Un lado de la cara ha quedado completamente destrozado, pero el otro ha resistido el impacto, aunque sí se han producido algunas grietas. Lo aplasto con la bota y disfruto cuando se deshace bajo mi pie.

—Su majestad requiere información —anuncio.

Él une las manos tras la espalda.

—¿Sobre qué?

—Tu especialidad —contesto, sin poder ocultar la acritud en mi voz—. Encantamientos.

La mayoría de los fae no tienen la capacidad de hacer magia compleja; lo habitual es que cuenten solamente con los dones de vivir una larga vida y de curarse con rapidez. Pero algunos de nosotros tenemos la suerte de haber recibido mucho más, y la natu-

raleza de nuestras capacidades depende de nuestra procedencia, de cuál de las islas Verran vengamos: alguien de la Octava Isla podrá predecir el futuro, mientras que otro de la Primera será capaz de comunicarse con todas las criaturas vivientes. Pero los que venimos de la Séptima Isla somos bastante más peculiares.

Nuestra especialidad es la magia de la ilusión. Yo soy una espectro, mientras que Darrow es un hechicero. Estos son un grupo de fae con una magia temida por muchos, porque tienen la capacidad de crear objetos encantados y hechizos con mucho poder. Seguramente por eso todos los enemigos de Darrow encuentran su perdición en circunstancias misteriosas que nunca se pueden vincular con él.

—El rey se pregunta si conoces algún encantamiento que sirva para unir a una persona con otra —explico con tono de aburrimiento mientras finjo interés en lo que él llama «piedras preciosas curativas».

—Necesito más información. Hay muchas formas de unir a dos personas; algunas son temporales, y otras, permanentes. —Su voz suena tensa. Me pregunto si será porque no le gusta que toquetee sus cosas.

Pues se tendrá que aguantar.

Cojo un par de pendientes de esmeraldas y me los coloco delante de las orejas.

—¿Estos me favorecen? —Lo miro pestañeando, coqueta.

Él exhala despacio y se aprieta el puente de la nariz.

—Están mejor en su sitio. Anda, sé una buena mascota y vuelve a dejarlos donde estaban.

Pongo los ojos en blanco y obedezco. Ya he aprendido, por las malas, que es mejor no llevar las joyas de Darrow.

—El rey busca un método de unión a largo plazo.

Él entorna los ojos, interesado. Algo de la palidez de antes desaparece y recupera un poco de color, y también de confianza.

—El largo plazo es más complicado —explica mientras se apoya contra la pared y cruza los brazos—. Hay muchas maneras

de hacer una poción de unión, pero hay que ingerirla regularmente para mantener el efecto. Y es posible que el receptor desarrolle cierta tolerancia con el uso, lo que significa que hará falta aumentar la dosis. Funcionará bien durante semanas, incluso meses, pero yo no recomendaría utilizar esos métodos durante periodos de tiempo más prolongados.

Mantiene una postura relajada, la viva imagen del interés profesional, pero veo que no deja de vigilarme atentamente, buscando alguna señal de decepción en respuesta a sus palabras. Está esperando que me delate de alguna forma.

Pero no lo hago.

—Si lo que pretende es que dure años —continúa, y aparece un brillo peligroso en sus ojos—, yo sugeriría utilizar un objeto.

—¿Qué tipo de objeto? —pregunto, y apoyo los codos en la vitrina que hay entre los dos.

—Oh, valdría cualquier cosa, siempre que fuera algo que la persona pudiera llevar puesto todo el tiempo. —Se encoge de hombros y señala las piedras preciosas que tengo delante—. Las joyas son lo que funciona mejor. Un anillo o una pulsera. —Entonces sus labios forman una sonrisa malévola—. O quizás un collar.

Me tengo que contener para no tirar del collar que llevo, pero, gracias a las divinidades del destino, consigo no moverme.

—¿Estás segura de que es él quien requiere esta información? —Se aparta de la pared y se acerca—. ¿O es que ese collar está empezando a apretarte demasiado?

Tenso la mandíbula y me obligo a inspirar hondo. El aire pasa sin problemas por mi tráquea. No hay razón para que el collar se active ahora mismo.

Darrow se ríe al ver mi incomodidad.

—Y yo que creía que eras una mascota dócil...

Gruño y me hormigean los dedos por el deseo de agarrar el collar y arrancármelo de la garganta para librarme de su presencia sofocante. Como la mayoría de las cosas letales, es precioso. Docenas de rubíes, engañosamente hermosos, engarzados en una pieza

de plata con un diseño muy elaborado. En el centro, justo sobre mi tráquea, está el rubí ovalado más grande. Otro, un poco más pequeño, cuelga entre mis clavículas.

Es una joya exquisita, pero me rodea el cuello como una soga.

Mantengo las manos junto a los costados, porque me recuerdo que tirar de él no sirve de nada. Gracias al encantamiento del collar, solo el rey puede quitármelo. Me lo puso en el cuello cuando yo tenía solo diez años. Me dijo que me protegería y que así nadie podría apartarme de él. Me aseguró que, mientras lo llevara puesto, él siempre podría encontrarme. En aquel momento nada de eso me pareció mal. La verdad es que me resultaba tranquilizador. Pero después de quince años, no quiero seguir atada a un dueño que ya no tiene nada bueno para mí.

Cuando el rey me explicó para qué servía el collar, se le olvidó mencionar algún que otro detalle. Uno de ellos es que, cuando lo enfurezco, el collar me aprieta el cuello cada vez más hasta que me impide respirar.

Y me asfixia.

Aprieto los puños y hago todo lo posible por no perder los nervios.

—Soy consciente de que fuiste tú quien le proporcionó al rey el collar que llevo.

—Es posible. —Se encoge de hombros y cruza los brazos otra vez—. Su majestad ha recurrido a mí en muchas ocasiones a lo largo de los años. No esperarás que me acuerde de todas.

Lo miro impassible.

—Los dos sabemos que de esta te acuerdas perfectamente —afirmo—. Hace quince años abriste esta pequeña tienda en Highgrove. Un lugar curioso para tu negocio, teniendo en cuenta las peculiaridades de tu origen.

Highgrove no es igual que el resto de la ciudad de Solmare. Aquí el acceso no se consigue con dinero, sino gracias a la sangre. Lo controla el consejo, un grupo compuesto por miembros de las familias gobernantes. Solo los de origen noble pueden tener pro-

piedades aquí. Cuando alguna se queda disponible en esta zona, el consejo debe aprobar al comprador.

A pesar de todos sus esfuerzos por ocultar su mitad mortal, todo el mundo sabe que Darrow es semifae. Por eso, los altos fae que pertenecen a la clase gobernante nunca lo han aceptado del todo. Están más que dispuestos a utilizar sus servicios cuando lo necesitan, pero, por mucha ropa de calidad que lleve y secretos que conozca, él nunca será uno de ellos.

Y por eso no lo aceptarían de buen grado en Highgrove.

Él me mira con una sonrisa astuta y sigue haciéndose el tonto.

—¿Qué puedo decir? Le hice al consejo una propuesta que no pudo rechazar. Ellos supieron ver el valor que tenía.

Entorno los ojos porque noto que aumenta mi frustración.

—¿De verdad esperas que me crea que los altos fae del consejo traicionaron cientos de años de tradición y prejuicios para abrirle las puertas de Highgrove a un semifae bastardo solo porque les gustó tu «modelo de negocio»?

Él se encoge de hombros.

—Cosas más raras se han visto.

—No sin ayuda —insisto—. Eso te habrá costado más que unos cuantos secretos y algún que otro trato clandestino. Habrás necesitado la intervención real.

Él no responde, pero los dos sabemos que es cierto. La única persona que puede doblegar a los miembros del consejo es el rey.

Me inclino sobre la vitrina y digo con voz más suave:

—Sé lo generoso que es nuestro rey con los que le complacen.

Un destello de vulnerabilidad cruza sus ojos, pero enseguida lo sustituye por condescendencia.

—Seguro que lo sabes bien.

Aprieto los dientes.

—Te dio el título de propiedad de este edificio a cambio de mi collar.

—¿Y qué pasa si lo hizo? —Suspira y se aparta un rizo de la cara—. ¿Qué quieres que haga ahora?

Levanto la barbilla y lo miro fijamente a los ojos.

—Quiero que me lo quites.

Darrow se echa a reír, pero la dureza de mi mirada le deja claro que no es una broma.

—Es imposible —dice con cautela.

Llevo la mano a la empuñadura de mi puñal y él levanta ambas cejas cuando me ve sacarlo de su funda de nuevo. Un sonido agudo horrible retumba en la habitación cuando araño con la punta el cristal de la vitrina que hay entre los dos.

—La verdad es que no me lo creo —replico, y me acerco a él—. Eres un paranoico y siempre tienes antídotos para todos los venenos que vendes. —Veo su nuez subir y bajar despacio mientras hago girar el cuchillo entre los dedos—. Nunca harías un trato que pudiera volverse en tu contra. No le darías al rey algo que pudiera utilizar contra ti sin saber cómo contrarrestarlo.

Toda la diversión desaparece de su cara. Aparta la vista de mi arma y me mira una vez más.

—A veces, si la recompensa es suficiente, merece la pena correr cualquier riesgo —confiesa en voz baja. Veo vergüenza en sus ojos cuando suspira profundamente—. Iverson... —Hago una mueca al oír la lástima que hay en su tono cuando dice lo siguiente—. Solo hay una forma de librarte de ese collar: te lo tiene que quitar el rey.

No.

Se me cae el alma a los pies y mis extremidades se tensan. Esto tiene que funcionar, no hay más posibilidades, ningún otro sitio al que pueda acudir para pedir ayuda. No puedo seguir viviendo así. No después de... Aparto ese pensamiento, porque sé que no es momento de dejarme llevar por la culpa.

—Mientes —insisto con los dientes apretados.

No puedo seguir parada, así que recorro la tienda y descargo mi rabia con todo lo que encuentro. Los trozos de cristal acaban por todas partes después de que tire al suelo varios frascos, buscando algo, cualquier cosa, que me ayude.

—¿Qué haces? —pregunta mientras yo examino un vial con un líquido morado. Él me lo quita de las manos y lo vuelve a poner en un estante.

—Tiene que haber algo que sirva —murmuro, y me dirijo hacia la parte de atrás, donde sé que esconde las cosas especiales—. Te estás haciendo el tonto, pero te conozco. Eres demasiado cuidadoso para correr un riesgo así.

Se coloca delante de mí, me agarra por los hombros y me obliga a detenerme.

—Iverson, aquí no hay nada que pueda ayudarte —me dice con voz suave. Sus ojos marrones me miran fijamente, suplicándome que entre en razón.

Pero no puedo.

Se me forma un nudo en la garganta y estoy segura de que me voy a asfixiar, que el collar ha escogido este momento para acabar conmigo. Aparto a Darrow de un empujón y doy un paso atrás. Él asiente y en sus ojos veo una comprensión que no necesito.

Siempre he sentido una extraña afinidad con Darrow. Es cierto que ayudó al rey a esclavizarme, pero ambos somos dos caras de la misma moneda. Unos bastardos que han logrado abrirse paso hasta lo más alto y ocupan espacios que no les correspondían por derecho.

Y a los dos nos odian por ello.

Me obligo a respirar e introducir aire en mis pulmones y analizo mentalmente lo que ha dicho, intentando identificar esas mentiras que sabe ocultar tan bien.

—Has dicho que «aquí» no hay nada que pueda ayudarme —repito despacio, examinando su cara para detectar la más mínima reacción en sus ojos—. Aquí no, ¿y en otro sitio?

De repente su compasión se convierte en irritación y su expresión se endurece.

—Iverson, creo que ya es hora de que...

Deja la frase sin terminar y yo miro enseguida hacia la puerta. Percibo algo extraño y se me eriza el vello de los brazos de repente.

Noto un frío gélido en la nuca, que me baja por la columna y hace que me estremezca.

Alguien se acerca a la tienda.

Su presencia es poderosa, dominante, opresiva, peor que la del rey incluso. Me humedezco los labios y casi puedo notar su sabor en el aire. Es como un *déjà vu*, una sensación que me resulta familiar, pero no sé por qué, aunque algo en el fondo de mi mente la reconoce perfectamente.

Darrow está nervioso y pregunta por el origen de mi cambio repentino.

—¿Qué ocurre?

Arrugo la frente por la confusión y me vuelvo para mirarlo.

—¿No lo notas tú también?

Él niega con la cabeza, con un millón de preguntas en la punta de la lengua que desaparecen en cuanto yo vuelvo a mirar hacia la puerta. La presencia se está volviendo más fuerte por momentos.

Se acerca.

—¿Esperas a alguien? —pregunto.

—No —asegura, pero la palidez de su cara me dice otra cosa.

Recuerdo que estaba caminando arriba y abajo antes, en la planta superior, y que parecía nervioso. Y que cuando ha bajado estaba totalmente vestido. Algo raro a estas horas de la noche...

Joder.

Lo atravieso con una mirada que anuncia violencia y enseguida creo una ilusión para ocultarme. Cuando me vuelvo invisible, lo que siento es como si un millar de diminutas agujas me pincharan la piel. Veo envidia en sus ojos cuando se queda mirando el lugar en el que yo estaba un segundo antes, pero no tengo tiempo para disfrutar de esa imagen. Dejo atrás la zona de las vitrinas, me meto en un rincón y les rezo mentalmente a las divinidades del destino. Nadie puede saber que he venido aquí esta noche. Revelarle a Darrow mis intenciones ya supone correr un gran riesgo. Pero si esta conversación llega a oídos de Baylor...